

pedra en el lado donde iba Lamoignon, porque era mucho mas flaco que su camarada.» (*Memorias del presidente de Lamoignon.*)

Mr. de La Morandais conocia todos los atajos por donde se llegaba antes á Saint-Malo:

Moult volontiers, de grand maniere,
Alloit en bois et en riviere;
Car nulles gens ne vont en bois,
Moult volontiers comme Francois.

«Iba al rio y á la selva de muy buen grado y con aire satisfecho, porque nadie recorria los bosques de tan buena gana como Francisco.»

Hicimos alto para comer en una abadía de benedictinos, la cual acababa de reunirse al monasterio de que dependia por carecer del número suficiente de monjes. Encontramos en ella al padre procurador, á cuyo cargo estaban los bienes muebles y la explotación del arbolado, y el cual mandó que nos sirvieran una excelente comida de vigilia en la biblioteca del prior. Monsieur de La Morandais y yo nos atracamos de huevos revueltos con carpas y lenguados. Al través de las ventanas de un claustro se veian sicomoros, que habian crecido á la orilla del estanque, y á los cuales estaban dando por el pié. Cuando á fuerza de hachazos estaba el tronco suficientemente hendido, se bamboleaba la cima, y al poco rato caia al suelo: este espectáculo nos entretuvo algunos instantes. Algunos carpinteros, traídos de Saint-Malo, les cortaban las ramas verdes como se corta una fresca cabellera, ó como se labran los troncos caídos. Mi corazón padecia extraordinariamente al ver el destrozo hecho en aquellos bosques y aquel monasterio desierto. El saqueo general de las casas religiosas me recordó despues el despojo de la abadía, el cual vino á ser para mí un pronóstico.

Cuando llegamos á Saint-Malo fuí á parar á casa del marqués de Caussaus, en cuya compañía recorri las calles del campamento.

Las tiendas, los pabellones de armas, los caballos atados á unas estacas, el mar, los buques, las murallas y las torres de la ciudad, formaban un conjunto magnífico. Aquel dia vi pasar junto á mí, á todo escape sobre un soberbio corcel, y con uniforme de húsar, á uno de esos hombres con cuya muerte acaba un mundo: al duque de Lauzun. El príncipe de Carignan, que tambien habia venido al campamento, casó con la hija de Mr. Boisgarin, la cual, á pesar de su pequeña coger, era lindísima: este matrimonio metió mucho ruido, y dió margen á un pleito que está siguiendo todavía Mr. Lacratelle, el mayor. Pero, ¿qué relacion tiene todo esto con mis memorias? «A medida que mis amigos íntimos, dice Montaigne, van recordando los pormenores de los acontecimientos que refieren, toman de tan atrás su narracion, que si el cuento es bueno, dan al traste con la bondad de los oyentes, y si no lo es, se ve uno precisado á maldecir su feliz memoria ó su desgraciado juicio. He oido referir muchos sucesos llenos de gracia, los cuales eran empalagosos en boca del narrador.» Mucho temo que han de vernirme como de molde las palabras de Montaigne.

Mi hermano estaba en Saint-Malo cuando Mr. de La Morandais me dejó en su casa. Una noche me dijo: «Voy á llevarte al teatro, ponte el sombrero.» Esta noticia me hizo enloquecer en tales términos, que bajé al sótano en busca de mi sombrero en lugar de dirigirme al piso alto. Acababa de desembarcar una compañía de cómicos de la legua. Yo habia visto en la calle aquel mismo dia una compañía de polichinelas; pero suponía que los del teatro debian ser mucho mejores.

Llegué, pues, con el corazón palpitante á un teatro de madera, situado en una calle desierta de la ciudad, y por cuyos mugrientos corredores penetré con cierta sensacion de pavor. Abrióse una puertecita en uno

de ellos, y entré con mi hermano en un palco que estaba casi lleno de gente.

El telon estaba alzado, y la funcion habia empezado ya: representábase *El Padre de familias*. Lo primero que llamó mi atencion fueron dos hombres que se paseaban en las tablas hablando mano á mano, y los cuales atraian las miradas de todo el mundo. En un principio creí que eran los directores de los polichinelas, que departian confidencialmente ante el chiribitil de Mad. Gigogne, esperando á que llegase el público; pero no dejaba de chocarme, sin embargo, el que hablasen en voz alta de sus asuntos privados, y el que los escucharan todos con el mas profundo silencio. Mi sorpresa creció de punto cuando ví salir á otros personajes que accionaban con los brazos, y especialmente cuando noté que echaban todos á llorar, como si el dolor de unos se hubiese contagiado á los otros. El telon cayó sin haber comprendido yo una palabra de todo aquello. Mi hermano salió del palco en el entreacto, dejándome solo en medio de desconocidos, y á causa de mi timidez, como en un potro: en aquel instante hubiera preferido hallarme en el mas apartado rincon de mi colegio. Tal fue la primera impresion que produjo en mí el arte de Sófocles y de Moliere.

El tercer año de mi estancia en Dol fue notable para mí por las bodas de mis dos hermanas mayores: Mariana casó con el conde de Marigny, y Benigna con el conde de Guetriauc. Ambas marcharon con sus maridos á Fougères, dando la primera señal de la dispersion de una familia, cuyos individuos debian separarse bien pronto. Mis hermanas recibieron la bendicion nupcial en Combourg, el mismo dia, á la misma hora y en el mismo altar, en la capilla del castillo. Durante la ceremonia, mi madre y ellas vertian abundantes lágrimas; su dolor me sorprendió entonces en extremo: en la actualidad comprendo perfectamente la causa. No puedo asistir á un bautizo ó á una boda sin sonreirme amargamente ó sin experimentar una opresion de corazón. Despues de la desgracia de nacer, no conozco otra mayor que la de dar la vida á un hombre.

Aquel mismo año se verificó una revolucion en mi persona y en mi familia. La casualidad hizo caer en mis manos dos libros muy diversos: un *Horacio*, no expurgado, y una historia de las *Confesiones mal hechas*. El trastorno que introdujeron en mis ideas estos dos libros es imponderable: el uno me hacia entrever secretos incomprensibles á mi edad; una existencia diferente de la mia; placeres muy superiores á mis juegos, y encantos de una especie desconocida para mí, en un sexo, del cual no conocia mas que á mi madre y hermanas: el otro mostraba á mi imaginacion espectros arrastrando cadenas y vomitando llamas, los cuales me revelaban suplicios eternos, destinados para el que calla un solo pecado. Perdí el sueño; por la noche me parecia ver en torno mio, y al través de las cortinas de mi lecho, manos negras y blancas: figurábame que las últimas estaban maldecidas por la religion, y esta idea acrecentó el espanto que me infundian las sombras infernales. En vano buscaba en el cielo y en el infierno la explicacion de este doble misterio. Herido á un tiempo mismo física y moralmente, mi inocencia seguia luchando contra las borrascas de una pasion prematura y los terrores de la supersticion.

Desde aquella época noté que saltaban en mí algunas chispas de ese fuego, que es la trasmision de la vida. Meditaba sobre el libro cuarto de la *Eneida*, y leia el *Telémaco*: de repente descubrí en Dido y en Eucaris bellezas que me arrebataron, y no pude menos de ser sensible á la armonía de aquellos versos admirables, y de aquella prosa antigua. Un dia traduje en voz alta el *Eneadum genitrix, hominum divunque voluptas*, de Lucrecio, con tanto calor, que Mr. Egault me arrancó el poema de las manos, y me dió las raíces griegas. En otra ocasion pude ocultar un *Tibulo*, y

cuando llegué al *Quam juvat immites ventos audire cubantem*, aquellos sentimientos de voluptuosidad y melancolia me revelaron en cierto modo mi propia naturaleza. Los tomos de Masillon, que contenian los sermones de la *Pecadora* y del *Hijo pródigo*, no se me caian de las manos. No tuvieron inconveniente alguno en permitirme que los leyese, porque no sospechaban todo lo que yo hallaba en ellos. Muchas veces robaba en la capilla cabos de vela para leer por la noche las descripciones seductoras de los desórdenes del alma, y me dormia baluceando algunas frases incoherentes, á las cuales queria trasmitir la dulzura, el número y la gracia del escritor que ha sabido poner en prosa, mejor que otro alguno, la *euphonia Raciniana*.

Si he pintado despues, en el trascurso de mi vida, con alguna verdad los arrebatos del corazón, mezclados con la sindéresis cristiana, estoy persuadido de que es debido únicamente á la casualidad, que me hizo conocer á un mismo tiempo dos imperios enemigos. Los estragos que un mal libro hizo en mi imaginacion se remediaron con los terrores que me inspiró otro; estos últimos fueron languideciendo poco á poco con los muelles pensamientos que me habian dejado los cuadros expuestos á mi vista sin velo alguno.

Dieppe fin de octubre de 1812.

AVENTURA DE LA MARICA. — TERCERAS VACACIONES EN COMBOURG. — EL CHARLATAN. — REGRESO AL COLEGIO.

El proverbio de que *un mal no viene nunca solo*, puede ser extensivo tambien á las pasiones, las cuales van reunidas como las musas ó como las furias del averno. Al mismo tiempo que la inclinacion que comenzó á atormentarme, nació en mí el honor; esa exaltacion del alma que conserva al corazón incorruptible en medio de la corrupcion; especie de principio reparador colocado cerca de un principio voraz, como la fuente inagotable de los prodigios que el amor exige á la juventud y de los sacrificios que le impone.

Cuando hacia buen tiempo, los colegiales salian á pasear los jueves y los domingos. Las mas de las veces nos llevaban al Mont-Dol, en cuya cúspide habia unas ruinas galo-romanas: desde lo alto de aquel aislado cerro la vista abarcaba el mar y los salobres pantanos, donde se veian fosforescer por la noche fuegos fátuos, luz de los hechiceros que arde hoy en nuestras lámparas. Otro de los sitios adonde se dirigian nuestros paseos eran los prados que circuyen un seminario de *Eudistas*, nombre derivado del Eudes, hermano del historiador Mézerai, fundador de su congregacion.

Un dia del mes de mayo, que estaba de director de semana el abate Egault, nos condujo al último punto: en estas ocasiones se nos permitia una libertad bastante amplia en nuestros juegos; pero nos estaba enteramente prohibido el subir á los árboles. El director nos dejó en un sitio cubierto de yerba, y se apartó de nosotros para rezar maitines.

Habia á los lados del camino unos cuantos olmos, y en la cima del mas alto se veia un nido de maricas, el cual excitaba nuestra admiracion, en tales términos, que nos designabamos mutuamente á la madre acostada sobre sus huevos, manifestando al mismo tiempo los deseos mas vehementes de atrapar tan soberbia presa. Pero ¿quién era el guapo que se atrevia á intentar tan peligrosa aventura? ¿Estaba tan cerca el director, y era tan severa la orden, y el árbol tan alto!... Las esperanzas de todos se concentraron en mí, y yo sabia encaramarme como los gatos. Hicieronme vacilar: la gloria de la aventura me fascinó: decidime al fin á quitarme la casaca; me abracé al olmo, y empecé á subir. El tronco no tenia ramas hasta llegar á las dos

terceras partes de su altura, donde formaba una horquilla, en una de cuyas puntas estaba el nido.

Mis compañeros, reunidos bajo el árbol, aplaudian mis esfuerzos, dirigiendo su vista hácia mí y hácia el sitio por donde podia venir el director, pateando de impaciente gozo con la esperanza de verme coger los huevos, y muriéndose de miedo por la inminencia del castigo. Yo seguí encaramándome hasta llegar á donde se hallaba el nido; la marica echó á volar; cogí los huevos; me los metí entre la camisa, y empecé el descenso. Desgraciadamente se me fueron los pies, y quedé á horcajadas sobre una rama. Como el árbol estaba esquilado, no encontré á derecha é izquierda ningun punto de apoyo para levantarme, y quedé suspendido en el aire á cincuenta piés de altura.

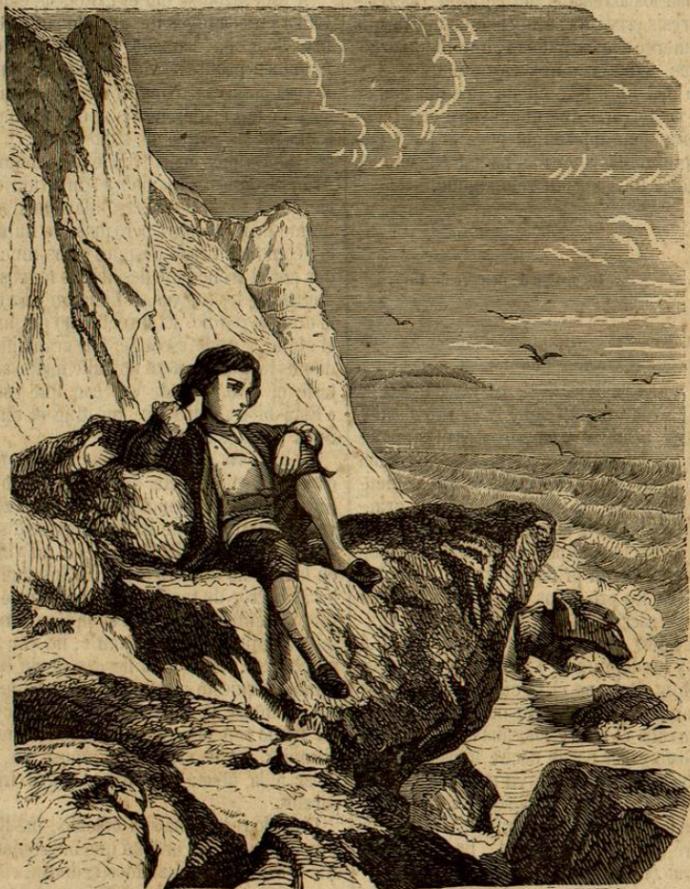
A esta sazón se dió el grito: «¿Qué viene el director!» y mis amigos me abandonaron, como es costumbre. Solo uno, llamado Gobbien, trató de auxiliarme; pero bien pronto se vió precisado á renunciar á su generosa empresa. Ningun otro medio me quedaba para salir de tan crítica posicion que asirme con las manos á una de las puntas de la horquilla, y ver si conseguia apoyar los piés en el tronco por encima de su division. Al ejecutar esta maniobra, mi vida corrió un grave riesgo. A pesar de mis tribulaciones, no quise desprenderme de mi tesoro; pero mas me hubiera valido tirarlo, como he tirado despues otros muchos. Al descender por el tronco me desollé las manos, el pecho y las piernas, y los huevos se hicieron una tortilla; esto fue lo que me perdió. El director no me habia visto sobre el olmo, y pude esconder sin gran dificultad la sangre de mis rasguños; pero no hallé medio alguno para ocultarle el vivo color de oro con que estaba manchado. «Está bien, caballero, me dije el director; llevareis unos cuantos azotes.»

Si hubiera dicho el abate Egault que conmutaria esta pena con la pena de muerte, estoy seguro de que hubiera hecho un movimiento de gozo. La idea de la vergüenza no se me habia ocurrido durante mi educacion salvaje; no ha habido en mi vida época alguna en la cual no hubiera preferido los suplicios mas crueles al horror de tener que ruborizarme ante una criatura viviente. A i corazón se indignó en tales términos, que repliqué al abate Egault, no con el acento de un muchacho, sino con la fiera de un hombre, que no estaba dispuesto á consentir jamás que ni él ni nadie me levantase la mano. Esta respuesta irritó su coraje; me llamó rebelde, y me prometió hacer conmigo un ejemplar. «Allá veremos» repuse yo, poniéndome á jugar á la pelota con una sangre fria que le dejó parado.

Cuando regresamos al colegio, me llamó el director á su cuarto, y me ordenó que me sometiese al castigo. Mis sentimientos exaltados cedieron entonces la plaza á un torrente de lágrimas. Hice presente al abate Egault que recordara que me habia enseñado el latin; que era su discípulo y su hijo, y que por lo tanto, esperaba que no querria deshonrarme y hacer insoportable para mí la presencia de mis compañeros; que podia encerrarme en una prision á pan y agua, privarme de las horas de recreo y cargarme de trabajo; que le agradecería infinito que usase conmigo de esta clemencia, y que le amaria mucho mas en adelante. Todas mis instancias fueron inútiles; pero viendo que permanecia sordo á mis ruegos, me levanté lleno de rabia, y le apliqué en las espinillas tan descomunal puntapié, que dió un grito penetrante. Levantóse hecho una furia, y dirigiéndose á la puerta de su cuarto, la cerró, dando dos vueltas á la llave, y se precipitó en seguida sobre mí. Corrí á atrincherarme detrás de su cama, y me tiré dos correazos: agarré en seguida un cobertor de su lecho, me envolvi en él, y exclamé, animándome á mí mismo al combate:

¡Maete animo, generose puer!

Esta erudición de estudiante de súmulas hizo reír, á pesar suyo, á mi enemigo; propúsome un armisticio, y concluimos un tratado; ya me avine á ponerme á discreción del abate, el cual tuvo á bien sustraerme del castigo que había rechazado. Cuando el excelente cura pronunció mi absolución, le besé la manga con tanta efusión de alma y de reconocimiento, que no pudo menos de echarme su bendición. Así terminó el primer combate, en el cual me obligó á rendirme este honor, que ha llegado á ser el idolo de mi vida, y al cual he sacrificado tantas veces reposo, placeres y fortuna.



ALLI ES DONDE YO ME HE EDUCADO.

principal; de consiguiente marchemos por aquí.» Mr. Leprince refirió por la noche á mi padre este incidente, que bastó para revelar al futuro viajero. Cuando despues he visto ponerse el sol en las selvas de la América, no podía menos de acordarme de los bosques de Combourg: mis recuerdos se hacen eco.

El abate Leprince deseaba que me diesen un caballo; pero mi padre era de opinion que un oficial de marina no debía saber manejar mas que su buque. Veíame reducido por tanto á montar á escondidas dos enormes yeguas de tiro, ó un caballazo pio, el cual no era, como el pio de Turenne, uno de esos corceles llamados por los romanos *desullorios equos*, y adiestrados para socorrer á su dueño; era un Pegaso luná-

Las vacaciones, durante las cuales cumplí doce años, fueron tristes: el abate Leprince me acompañó á Combourg, y no salía sino con él: la mayor parte de los dias dábamos largos paseos sin determinada dirección. El pobre hombre se moría de tisis, y de consiguiente estaba melancólico y taciturno; tampoco yo me hallaba muy alegre. Muchas veces caminábamos horas enteras uno en pos de otro sin hablar una palabra. Un dia, que nos estraviáramos en los bosques, se volvió Leprince hácia mí, y me dijo: «¿Qué camino deberemos seguir?» Yo le contesté sin vacilar: «El sol toca ya á su ocaso; á estas horas da en la ventana de la torre

tico, de endiablado trote, que me mordía las piernas cuando quería obligarle á saltar alguna zanja. Los caballos no me han llamado nunca la atención, aun cuando he traído á veces la vida de un tártaro, y, contra los efectos que mi primera educación hubiera debido producir, monto con mas elegancia que seguridad.

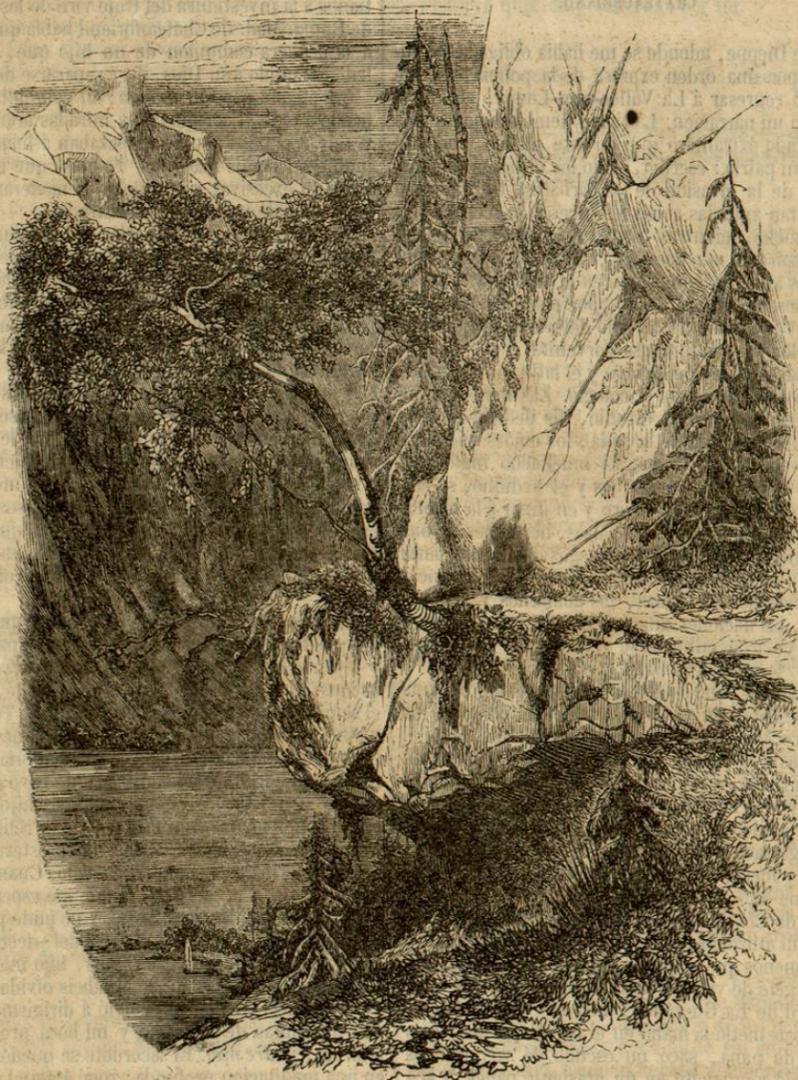
Las tercianas, cuyo germen había traído de las marismas de Dol, me libertaron de Mr. Leprince. Acertó á pasar por la aldea un curandero, que llevaba, entre otros antidotos, el de las tercianas, y mi padre, que no tenía confianza en los médicos y creía en los charlatanes, envió á llamar al empírico, el cual declaró que me curaría en veinte y cuatro horas. A la mañana siguiente volvió vestido con una casaca verde guarne-

cida de galon de oro, con peluca empolvada, anchos vuelos de muselina sucia, llenos los dedos de brillantes falsos, con calzones de raso negro usado, medias blancas azuladas, y zapatos con lazos enormes.

Abrió las cortinas de mi cama, me tomó el pulso, me hizo sacar la lengua, murmuró con acento italiano algunas palabras acerca de la necesidad de purgarme, y me dió á comer un pedacito de caramelo. Mi padre aprobaba el método del curandero, porque estaba

empeñado en que todas las enfermedades proceden de indigestion, y en que para toda especie de males era preciso purgar á su hombre hasta que no le quedase en el cuerpo otra cosa que sangre.

A la media hora de haber tragado el caramelo me vinieron unos vómitos horribles: pusieronlo en conocimiento de Mr. de Chateaubriand, y quería arrojar al pobre diablo por la ventana de la torre. Espantado este, se quitó la casaca, se remangó los vuelos de la



BOSQUE DE COMBOURG.

camisa, y principió á hacer los gestos mas grotescos. A cada movimiento que hacia giraba su peluca en diversas direcciones: repetía mis gritos como un eco, y añadía despues: *¿Qué es esto, mousv Lavaudier?* Este Mr. Lavaudier era el farmacéutico de la aldea, al cual habían llamado para que viniera en mi auxilio. En medio de mis dolores, yo no podía decir si eran

las drogas de aquel hombre las que me mataban ó las carcajadas que me arrancaba á despecho mio.

Contuviéronse al fin los efectos de aquella excesiva dosis de emético, y principió á restablecerme. Durante toda la vida no hacemos mas que vagar en torno de la tumba; nuestras diferentes enfermedades son unas ráfagas que nos aproximan mas ó menos al puer-

to. El primer muerto que he visto era un canónigo de Saint-Malo, que yacía sobre su lecho, y cuyo semblante estaba descompuesto por las últimas convulsiones. La muerte es hermosa y amiga nuestra; pero no la reconocemos, porque se presenta á nosotros enmascarada, y su careta nos infunde espanto.

Al terminar el otoño volvieron á enviarme al colegio.

La Vallée-aux-Loups diciembre de 1815.

INVASION DE LA FRANCIA.—JUEGOS.—EL ABAD DE CHATEAUBRIAND.

Desde Dieppe, adonde se me habia obligado á refugiarme por una orden expresa de la policía, se me permitió regresar á La Vallée-aux-Loups, en donde continuo mi narración. La tierra tiembla bajo los pies del soldado extranjero que en este mismo momento invade mi patria: escribo, como los últimos romanos, al ruido de la invasion de los bárbaros. De día trazo páginas tan agitadas como los sucesos de la época (1); por la noche, mientras que el estruendo lejano del cañon espira en mis bosques, vuelvo los ojos al silencio de los años, que duermen en la tumba á la par de mis recuerdos de la infancia. ¡Qué corto y estrecho es lo pasado de un hombre al lado del vasto presente de los pueblos y de su inmenso porvenir!

Las matemáticas, el griego y el latin me absorbieron todo el invierno en el colegio. Las horas que no estaban consagradas al estudio, las dedicaba á esos juegos del principio de la vida, los cuales vienen á ser unos en toda la tierra. El muchacho inglés, el italiano, el español, el iroqués y el beduino, se entretienen en hacer rodar el aro y en jugar á la pelota. Los muchachos de todos los países, hermanos de una gran familia, no pierden los rasgos de su semejanza hasta que pierden su inocencia. Modificadas entonces las pasiones por los climas, los gobiernos y las costumbres, las naciones difieren entre sí, y el género humano cesa de entenderse y de hablar un mismo lenguaje: la verdadera Babel es la sociedad.

Una mañana, que estaba muy entretenido con una partida de barra en el patio grande del colegio, me pasaron recado de que preguntaban por mí. Seguí al criado hasta la puerta exterior, y hallé en ella á un hombre grueso, colorado, de bruscos é impacientes modales y aire feroz, el cual llevaba un baston en la mano, una enorme peluca negra mal hecha, una sotana desgarrada y recogida en la faja, zapatos llenos de lodo, y medias agujereadas por el talon: «Pillastruelo, me dijo sin andarse en chiquitas, ¿no sois el caballero de Chateaubriand de Combourg?—Sí señor, le respondí aturrido por su apóstrofe.—Y yo, repuso él, poco menos que echando espuma por la boca, soy el último jefe de vuestra familia; soy el abad de Chateaubriand de La Guerande; miradme bien.» El orgulloso abate metió la mano en el bolsillo de sus viejos calzones de pana, sacó un escudo de seis francos enmohecido y envuelto en un grasiento papel, y arrojándomele á la cara continuó su ruta á pié, rezando maitines, con aire incomodado. Despues he sabido que el príncipe de Condé habia ofrecido á este vicario mayúsculo el preceptorado del duque de Borbon. Picado el abate de semejante ofrecimiento, respondió que el príncipe, poseedor de la baronía de Chateaubriand, debía saber que los herederos de esta baronía podían tener preceptores, pero no serlo jamás de nadie. Esta altanería era el defecto capital de mi familia: mi padre la poseía en tan alto grado, que casi se hacia odioso; mi hermano la llevaba hasta el ridiculo:

(1) De Bonaparte y los Borbones.

(Nota de Ginebra de 1851.)

su hijo mayor heredó algo de ella. No estoy seguro, á pesar de mis inclinaciones republicanas, de haberme librado de este defectillo; pero si lo estoy de que he procurado ocultarlo con el mayor esmero.

PRIMERA COMUNION.—MI SALIDA DEL COLEGIO DE DOL.

Aproximábase la época en que yo debía recibir mi primera comunión, acontecimiento en el cual se decidía en la familia sobre el estado futuro de un muchacho. Esta ceremonia religiosa equivalía entre los cristianos á la investidura del traje viril de los ciudadanos de Roma. Mad. de Chateaubriand habia querido asistir á la primera comunión de un hijo que, despues de haberse unido á su Dios, iba á separarse de su madre.

Mi piedad parecia sincera; mi conducta tenia edificado á todo el colegio; mis miradas eran ardientes, y mis repetidos ayunos empezaban á inspirar alguna inquietud á mis maestros. Temíase que mi devoción fuese ya excesiva, y se trataba de moderar mi fervor por medio de una religion ilustrada.

Era mi confesor el superior del seminario de los Eudistas, hombre de cincuenta años, y de un aspecto rígido, el cual me interrogaba con ansiedad tantas cuantas veces me presentaba ante el tribunal de la penitencia. Sorprendido de la lenidad de mis pecados, no sabia cómo conciliar mi turbacion con la poca importancia de los secretos que en su seno depositaba. Las preguntas del religioso iban haciéndose mas apremiantes á medida que se acercaba la Pascua Florida. «¿No me ocultais nada?» me decia. Yo le respondia siempre: «No, padre mio.—¿No habeis cometido tal ó cual pecado?—No, padre mio.» Y nunca salía de aquí. Despedíame entonces dudando, suspirando, y lanzándome unas miradas que parecían querer penetrar hasta el fondo de mi alma, al paso que yo me separaba de su lado desfigurado y pálido como un criminal.

La noche anterior al Miércoles Santo, que era el día en que debía yo recibir la absolucion, la pasé rezando y leyendo con terror el libro de *Las Confesiones mal hechas*. El miércoles, á las tres de la tarde, partí para el seminario, acompañado de mis padres. Toda la fama y vano esplendor que ha adquirido despues mi nombre no hubiera dado á Mad. de Chateaubriand un solo instante de orgullo semejante al que tuvo como cristiana y como madre cuando vió á su hijo dispuesto para participar del gran misterio de la religion.

Así que llegué á la iglesia, me prosterné ante el altar, y permanecí como anonadado. Cuando me levanté para ir á la sacristía, donde me esperaba el superior, mis rodillas temblaban, y no pude pronunciar el *Confiteor* al echarme á los piés del sacerdote, sino con voz muy conmovida. «Vamos, hijo mio, me dijo el hombre de Jesucristo: ¿no habeis olvidado nada?» Yo permanecí silencioso. Volvió á dirigirme las mismas preguntas de siempre, y mi boca pronunció el fatal *no, padre mio*. El sacerdote se quedó abismado en una meditacion profunda; rogó á aquel que confirió á los apóstoles el poder de atar y desatar las almas que le inspirara, y haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, se preparó para darme la absolucion.

Un rayo que hubiese lanzado el cielo sobre mí me hubiera causado en aquel instante menos espanto: «¡Esperad, padre mio, exclamé; no lo he dicho todo!» Aquel terrible juez; aquel delegado del árbitro supremo, cuyo semblante me inspiraba tanto temor, se convirtió en el pastor mas tierno, y me dijo abrazándome y vertiendo piadosas lágrimas: «¡Vamos, valor, querido hijo mio!»

No volveré á tener en mi vida un momento semejante: si me hubiesen quitado de encima el peso de una montaña, difícilmente hubiera sentido un con-

suelo igual: mi corazón lloraba de placer. Me atrevo á decir que mi honradez fue creada aquel día: ahora conozco que no sobreviviría jamás á un remordimiento: ¡qué terribles no serán los del crimen, cuando sufrí tanto por haber callado únicamente las debilidades de un niño! Pero cuán divina no es también esa religion que puede enseñorearse de nuestras buenas facultades! ¿Qué preceptos de moral podrían suplir nunca á las instituciones cristianas?

Dado el primer paso en mi confesion, lo demás ya no me costó ningún esfuerzo: mis travesuras secretas, de las cuales se hubiera reído el mundo, fueron pesadas con la balanza de la religion. El sacerdote se halló bastante indeciso, y deseaba que se retardase mi comunión algún tiempo; pero yo me veía precisado á dejar el colegio de Dol y á entrar de un momento á otro en el servicio de la marina: él descubrió con gran sagacidad, por el carácter mismo de mis *travesuras juveniles*, aunque insignificantes, la naturaleza de mis inclinaciones, y penetró antes que nadie lo que yo podía ser; él adivinó también mis pasiones futuras, y diciéndome con franqueza lo que hallaba de bueno en mí, me predijo asimismo las desgracias que me esperaban. «Finalmente, añadió; falta tiempo á vuestra penitencia; pero habeis lavado vuestros pecados con una confesion sincera y animosa, aunque tardía.» Y alzando la mano, pronunció la fórmula de la absolucion. Esta segunda vez aquel brazo fulminante únicamente descargó sobre mí un rocío celestial; incliné la cabeza para recibirlo, y lo que entonces sentí participaba de la felicidad de los ángeles. En seguida fui á precipitarme al seno de mi madre, que me esperaba al pié del altar. Ya no parecí el mismo desde entonces á mis maestros y á mis camaradas: caminaba con ligeros pasos, alta la frente y radiantes los ojos con el triunfo del arrepentimiento.

A la mañana siguiente, Jueves Santo, fui admitido á esa ceremonia tierna y sublime, la cual he ensayado en vano describir en *El Genio del Cristianismo*. Quizás hubiera podido volver á hallar durante ella mis pequeñas humillaciones de costumbre: mi ramo de flores y mis vestidos no eran tan ricos como los de mis compañeros; pero aquel día todo fue dedicado á Dios y para Dios. Conozco perfectamente todo el valor de la fe. La presencia real de la víctima en el Santo Sacramento del altar era para mí tan perceptible como la presencia de mi madre, la cual estaba á mi lado. Cuando tocó á mis labios la sagrada forma, sentí que se iluminaba mi espíritu, y temblaba de respeto: el único presentimiento material que bullía en mi mente era el temor de profanar el pan sagrado.

Le pain que je vous propose
Sert aux anges d' aliment,
Dieu-lui meme le compose
De la fleur de son froment.

RACINE.

«El pan que os propongo es el mismo que comen los ángeles; Dios mismo lo hace con la flor de su trigo.»

Entonces concebí el valor de los mártires: en aquel momento hubiera podido confesar á Cristo sobre el caballete ó en medio de los leones.

Me complazco en recordar aquellas felicidades de mi alma, que precedieron algunos instantes tan solo á las tribulaciones del mundo. Comparando este fervor á los trasportes que voy á describir, y reflexionando detenidamente sobre un corazón que ha experimentado en el intervalo de tres ó cuatro años todo lo que la religion y la inocencia tienen de mas dulce y saludable, y las pasiones de mas seductor y mas funesto, se podrá escoger entre ambos goces, y ver por cuál lado es preciso buscar la felicidad, y el reposo principalmente.

Tres semanas despues de mi primera comunión salí

del colegio de Dol. Todavía conservo recuerdos agradables de aquella casa: nuestra infancia deja siempre algo en los lugares por ella embellecidos, á la manera que una flor comunica su perfume á los objetos que con ella se han rozado. Todavía me enternezco hoy al pensar en la dispersion de mis primeros maestros y condiscípulos. El abate Leprince, que obtuvo un beneficio en las cercanías de Rouen, vivió poco; al abate Egault le dieron un curato en la diócesis de Rennes, y he visto morir al buen rector y al abate Porcher al principio de la revolucion: era instruido, afable y de un corazón sencillo. La memoria de este oscuro Rollin será siempre querida y venerada por mí.

La Vallée-aux-Loups á fin de diciembre de 1815.

MISION EN COMBOURG.—COLEGIO DE RENNES.—VUELVO Á ENCONTRAR Á GESRIL.—MOREAU, LIMOELAN.—CASA-MIENTO DE MI TERCERA HERMANA.

En Combourg hallé nuevos motivos para dar pábulo á mi piedad; habia mision, y seguí los ejercicios. Recibí la confirmación sobre la gradería del castillo, y, como una porción de aldeanos y aldeanas, de mano del obispo de Saint-Malo. Despues de esto se erigió en aquel sitio una cruz, y ayudé á sostenerla mientras que la fijaban sobre su base. Esta cruz existe todavía, y se halla colocada enfrente de la torre donde murió mi padre: treinta años hace ya que no ha visto asomarse á nadie á las ventanas de la torre, y que no la ha saludado ninguno de los muchachos del castillo; todas las primaveras los espera en vano, y únicamente vi venir á las golondrinas, compañeras de mi infancia, las cuales son mas fieles á su nido que el hombre á su casa. ¡Feliz yo si hubiese vivido siempre al pié de la cruz de la mision, y si mis cabellos hubieran encanecido tan solo por el tiempo que ha cubierto de musgo los brazos de la misma!

A los pocos días de mi permanencia en el castillo, partí para Rennes, donde debía continuar mis estudios y acabar mi carrera de matemáticas, para ir en seguida á Brest á sufrir el exámen de guardia marino.

El rector del colegio de Rennes era Mr. de Fayolle. En este Juilly de la Bretaña habia tres profesores distinguidos; el abate de Chateaugiron, que explicaba segundo año; el abate Germé, para retórica, y el abate Marchand, para física. Los colegiales internos y externos eran numerosos, y las clases, de consiguiente, muy concurridas. En los últimos tiempos, Gofredo y Ginguévé, alumnos de este colegio, hubieran hecho honor á Santa Bárbara y al Plessis. El caballero de Parny habia estudiado también en Rennes, y yo heredé su habitacion.

Rennes me parecia una Babilonia, y el colegio un mundo. La multitud de maestros y de estudiantes, y la extension del edificio, del jardín y de los patios, me parecían desmesuradas; poco tardé sin embargo en habituarme á esto. Cuando llegaba el cumpleaños del rector, teníamos unos cuantos días de asueto, y cantábamos en alabanza suya versos de nuestra cosecha, del tenor siguiente;

¡O Terpsichore! ¡ó Polymiel!
Venez, venez remplir nos vœux;
¡La raison meme vous convie!

«¡Oh Terpsichore, oh Polymnia! venid á cumplir nuestros votos; ¡la razon misma es quien os invita á ello!»

Al poco tiempo adquirí sobre mis nuevos camaradas el ascendiente que habia tenido en Dol sobre mis antiguos compañeros: verdad es que me costó algunos tropiezos. Los bretones tienen el genio un poco ás-

pero: enviábanse carteles de desafío para los días de paseo en los bosques del jardín de Benedictinos, llamado el *Tabor*: para llevarlos á cabo, nos valiamos de los compases de matemáticas atados al extremo de una caña, ó luchábamos cuerpo á cuerpo, de un modo mas ó menos felón o cortés, según la gravedad del duelo. Habia jueces de campo, los cuales arreglaban las diferencias y decidían el modo con que habian de usar de las manos los campeones. El combate no cesaba hasta tanto que una de las dos partes se confesaba vencida. En este colegio volví á encontrar á mi amigo Gesril, el cual presidía, como en Saint-Malo, esta clase de lances. Un día se empeñó en ser mi padrino en el que tuve con Saint-Riveul, jóven hidalgo, que fue la primera víctima de la revolucion: cai debajo de mi adversario; no quise rendirme, y pagué caro mi orgullo. Yo decía, como Juan Desmaretz cuando iba al cadalso: «Yo no pido gracia á nadie, mas que á Dios.»

En el colegio de Rennes conocí tambien á dos hombres que obtuvieron despues una celebridad diferente; Moreau, el general, y Limoelan, autor de la máquina infernal y sacerdote actualmente en América. Unicamente existe un retrato de Lucila, y esta miniatura detestable era de Limoelan, el cual llegó á hacerse pintor durante los desastres revolucionarios. Moreau era externo y Limoelan pensionista. Difícilmente se habrán visto en una misma época, en una misma provincia, en una misma ciudad, y en un mismo colegio, dos destinos tan singulares. No puedo resistir al deseo de referir una jugareta de estudiante que le hizo al director de semana mi camarada Limoelan.

El director tenia costumbre de rondar por los corredores despues que todo el mundo habia ido á acostarse, para ver si la gente andaba derecha: al efecto iba mirando de puerta en puerta por el agujero de la llave. Limoelan, Gesril, Saint-Riveul y yo dormiamos en un mismo cuarto.

D' animaux malfaisants c'était un fort bon plat.

«Este era un buen guisado de animales dañinos.»

En vano habiamos tapado el agujero con papel una porcion de veces: el director nos lo echaba abajo, y nos sorprendia saltando sobre las camas y haciendo pedazos las sillas.

Una noche manifestó empeño Limoelan de que nos acostásemos y apagásemos la luz, sin querer participarnos su proyecto. Al poco rato le oimos levantarse, ir hácia la puerta, y volverse en seguida á la cama. Escasamente habria pasado un cuarto de ora, cuando sentimos los pasos del director, que se acercaba de puntillas á nuestro cuarto. Como tenia fundados motivos para sospechar de nosotros, se detuvo á la puerta: estaba en acecho; miró por la cerradura, no vió luz, y...

«¿Quién ha hecho esto!» exclamó precipitándose en el cuarto. Al ver á Limoelan, que estaba ahogándose de risa, y al oír á Gesril decir con voz nasal y de una manera entre cándida y truhanesca: «¿Pues qué sucede, señor director?» Saint-Riveul y yo no pudimos menos de soltar el trapo á reír, y nos rebujamos con nuestras mantas.

En vano trataron de hacernos confesar la verdad; fuimos unos héroes. El director decretó nuestro arresto, y nos condujeron presos á la bodega. Saint-Riveul socavó la tierra por debajo de una puerta que daba á un corral, metió la cabeza por el agujero, y á poco mas feneció entre los colmillos de un marrano: Gesril recorrió las bodegas del colegio, y echó á rodar un tonel de vino. Limoelan demolió una pared, y yo, nuevo Perrin Dandin, me encaramé á una rejilla y amotiné á la canalla de la calle con mis arengas. El terrible autor de la máquina infernal, jugando una tostada de pillastre á todo un director del colegio, recuerda hasta cierto punto á Cromwell, embadurnan-

do con tinta el semblante de otro regicida, que firmó despues de él la sentencia de muerte de Carlos I.

Aun cuando la educacion que se daba en el colegio de Rennes era muy religiosa, mi fervor fue debilitándose poco á poco; el gran número de mis maestros y discípulos multiplicaba las ocasiones de distraccion; esto no obstante seguia adelantando en el estudio de las lenguas, y llegué á ser fuerte en matemáticas, hácia las cuales tuve siempre una afición decidida; estoy seguro de que hubiera sido un excelente oficial de marina ó de ingenieros. Para todo tenia buena disposicion: sensible á las cosas serias, como á las agradables, escribí en verso antes que en prosa: las artes me llenaban de encanto; la arquitectura y la música las he amado con pasión. Aun cuando he sido propenso á cansarme pronto de todo, he tenido una paciencia á toda prueba para descender hasta las mas insignificantes detalles, y mi obstinacion en insistir sobre un objeto que me fatigaba ha sido siempre mas fuerte que mi disgusto. Jamás he abandonado un asunto cuando merecia la pena de ser concluido: alguno hay en pos del cual he andado quince ó veinte años de mi vida, tan lleno de ardor el último día como el primero.

La flexibilidad de mi inteligencia se veia hasta en las cosas mas secundarias; jugaba bastante bien al ajedrez y al villar, y he sido bastante diestro para la caza y para el manejo de las armas: dibujaba regularmente, y hubiera sido un excelente cantante si hubiesen cuidado mi voz. Unido todo esto á la clase de educacion que he recibido, y á mi vida de soldado y de viajero, hace que nunca haya tenido el aire pedantesco y distraído, la falta de aplomo en sociedad, ni el desseo de los literatos antiguos, y mucho menos la tiesura, la suficiencia, la envidia, ni la vanidad jactanciosa de los modernos escritores.

Pasé dos años en el colegio de Rennes, del cual salió Gesril diez y ocho meses antes que yo para entrar en la marina. Julia, mi hermana tercera, casó en el intermedio de estos dos años con el conde de Turey, capitán del regimiento de Condé, y se estableció con su marido en Tongéres, en donde residian ya mis dos hermanas mayores, la señora de Marigny y Quebricac. El matrimonio de Julia se celebró en Combourg: yo asistí á la boda, y en ella vi á la condesa de Tronjoly, que tan célebre se hizo por su intrepidez en el cadalso. Era prima é intima amiga del marqués de la Rouarie, y tomó parte en su conspiracion. Todavía no habia yo visto la belleza mas que en mi familia, y me quedé absorto al contemplarla en una mujer extraña á ella. Cada paso que daba en la vida me hacia ver nuevos horizontes; oia la voz lejana y seductora de las pasiones que se acercaban á mí, y me precipitaba al encuentro de aquellas sirenas, como atraído por una misteriosa armonía. Tenia, como el gran sacerdote de Eleusis, un incienso diferente para cada divinidad; pero, ¿podian los himnos que cantaba al quemar estos incienso llamarse *bálsamos*, como las poesías del Hierophanta?

La Vallée-aux-Loups enero de 1814.

ENVÍANME Á BREST PARA SUFRIR EL EXÁMEN DE GUARDIA MARINO.—EL PUERTO DE BREST.—VUELVO Á ENCONTRAR Á GESRIL.—LA PÉROUSE.—MI REGRESO Á COMBOURG.

Despues del casamiento de Julia, partí para Brest. Mi sentimiento al salir del colegio de Rennes no fue tan grande, ni con mucho, como el que experimenté al dejar á Dol: acaso carecia ya de esa inocencia que nos lo hace ver todo de color de rosa: el tiempo habia empezado á descender el velo que la cubria. Sirviómelo de mentor en mi nueva posicion uno de mis tíos ma-

ternos, el conde de Boisteilleul, gefe de escuadra, uno de cuyos hijos, oficial muy distinguido de artillería de los ejércitos de Bonaparte, casó con la hija única de mi hermana, la condesa de Tarcy.

Cuando llegué á Brest, no habia venido aun mi despacho de aspirante, que se habia retardado no sé por qué motivo. Permanecí pues en ese estado, que se llama de *suspirante*, y exento por ende de estudios metodizados. Mi tío me puso á pupilo en la calle de Siam con otros aspirantes, y me presentó al comandante de marina, el conde Hector.

Entregado á mí mismo por la primera vez de mi vida, en lugar de relacionarme con mis futuros camaradas, me encerré en mi solitario instinto. Mi sociedad habitual quedó reducida á mi maestro de esgrima de dibujo y de matemáticas.

Aquella mar, que debia yo volver á ver en tantas playas diferentes, bañaba en Brest la extremidad de la península armoricana: mas allá de este cabo no habia mas que un Océano sin límites y mundos desconocidos; mi imaginacion se recreaba vagando por estos espacios. Muchas veces, sentado sobre un mástil que estaba tendido junto al muelle de Recourance, me entretenia en mirar el activo movimiento del puerto; á cada instante pasaban y repasaban á mi vista constructores, marineros, militares, aduaneros y presidiarios. Presenciaba el embarque y desembarque de los viajeros, las maniobras que mandaban los pilotos, los trabajos de los carpinteros y cordeleros, y la prisa que se daban los grumetes en atizar el fuego que ardia bajo las calderas, que despedían un humo espeso y el saludable olor de la brea. Corrian presurosas las gentes desde la marina á los almacenes, y vice-versa, llevando y trayendo fardos de mercancías, sacos de víveres y trenes de artillería. Veíanse por un lado una porcion de carretas que las hacían retroceder hasta la lengua del agua para recibir cargamentos, y por otro grupos de trabajadores levantando pesos enormes con palancas, mientras que las grullas bajaban de los penascos y cruzaban los terronteros los cura-muelles. Los fuertes repetían las señales; las lanchas iban y venían con rapidez, y los buques que entraban en el puerto se cruzaban con los que estaban aparejando para darse á la vela.

Este espectáculo aglomeraba en mi espíritu una multitud de ideas vagas sobre la sociedad y sobre sus males y sus bienes: apoderábase de mí una tristeza inexplicable, y dejando el mástil en que me hallaba sentado, me subía al Penfeld, el cual parece que va á desplomarse sobre el puerto, y llegaba á un recodo desde donde se pierde de vista el mar. En este sitio, desde el cual no se descubria mas que un valle pantanoso, si bien se percibían el confuso murmullo de las olas y las voces de los hombres, me tendía al borde de la ría, y pasaba horas enteras mirando correr el agua, siguiendo con la vista el vuelo de la corneja de mar, gozando con el silencio que habia en torno mio, ó prestando el oído á los golpes del martillo del calafate. Cuando el estrépito del cañon de un buque que se daba á la vela, venia en alas del viento á sacarme de esta contemplacion, me estremecia todo, y humedecían mis ojos las lágrimas.

Un día me dirigí paseando hácia el extremo exterior del puerto, por la orilla del mar: hacia mucho calor, y habiéndome tendido sobre la arena, me quedé dormido. Despertéme de repente un majestuoso estruendo; abro los ojos, y se ofreció á mi vista un espectáculo semejante al que presencié Augusto en los surgideros de la Sicilia, despues de la victoria de Sesto Pompeyo; sucedíanse con rapidez los disparos de artillería; la rada estaba plagada de navíos: la gran escuadra francesa verificaba su entrada en el puerto despues de haberse firmado la paz. Los buques maniobraban á velas desplegadas, se cubrian de fuego, enarbolaban sus pabellones, presentaban la popa, la

proa, el flanco, y se detenían echando el áncora en medio de su carrera, ó continuaban volteando sobre las olas. Nada me habia dado hasta entonces una idea tan elevada del espíritu humano; en aquel momento no parecia sino que el hombre habia recibido prestada la omnipotencia de aquel que dijo á la mar: «No pasarás de aquí.» *Non procedes amplius.*

Todo Brest corrió á presenciar tan magestuosa escena. Destacáronse de la flota una multitud de lanchas con direccion al muelle. Los oficiales que venían en ellas traían el semblante tostado por el sol, tenían ese aire extranjero peculiar á todos los que llegan de otro hemisferio, y un no sé qué de alegre, arrogante y orgulloso, que revelaba á los hombres que acababan de restablecer el honor del pabellon nacional. ¡Aquel cuerpo de marina de tan relevante mérito, tan ilustre; aquellos compañeros de los Suffren, de los Lamothe-Piquet, de los del Couedic, y de los d'Estaing, que escaparon incólumes de los golpes del enemigo, debían sucumbir á los golpes de los franceses!

Hallábame viendo desfilar á la valerosa tropa, cuando uno de los oficiales, que se separó de sus camaradas, se acercó á mí, y me echó los brazos al cuello: era Gesril. Mi compañero de colegio habia crecido bastante; pero estaba pálido y debil de resultas de una estocada que habia recibido en el pecho. Aquella misma tarde salió de Brest para restituirse á su familia; y desde entonces no volví a verlo sino una sola vez, poco tiempo antes de su muerte heroica: mas adelante diré cómo y cuando. La aparicion y repentina marcha de Gesril me decidieron á tomar una resolucion, que cambió el curso de mi vida: estaba escrito que aquel jóven habia de tener un imperio absoluto sobre mi destino.

Veáse, pues, de qué modo se iba formando mi carácter, el giro que tomaban mis ideas, y cuáles fueron los primeros golpes que recibió mi genio, del cual puedo hablar como de una desgracia, haya sido vulgar ó extraordinario, y merezca ó no merezca el nombre que le doy, á falta de otra palabra mas comprensible. Si yo no hubiese sido tan distinto de los demás hombres, seria mucho mas feliz; aquel que, sin desquitarme completamente del raciocinio, hubiera llegado á matar lo que se llama mi talento, me hubiera hecho un gran favor, y tendria incontestables derechos á mi amistad.

Cuando el conde de Boisteilleul me llevaba á casa de Mr. Hector, oia referir sus campañas á los marinos viejos y jóvenes, y hablar de los países que habian recorrido: el uno acababa de llegar de la India, y el otro de la América: este iba á aparejar para dar la vuelta al mundo, y aquel se aprestaba para visitar las costas de la Grecia. Mi tío me enseñó á la Perouse, nuevo Cook, cuya muerte es el secreto de las tempestades. Yo lo escuchaba y lo miraba todo sin decir una palabra; pero á la noche siguiente huyó de mis párpados el sueño, y la pasé pensando en los combates y en el descubrimiento de países desconocidos.

Fuese por lo que fuese, lo cierto es que al ver marchar á Gesril á casa de sus padres, me ocurrió la idea de que nadie me impedia á mí hacer lo mismo. El servir en la marina me hubiera gustado extraordinariamente si la independencia de mi carácter no me hubiese alejado de toda clase de servicio; la obediencia era para mí punto menos que imposible. Tenia una afición decidida á los viajes; pero estaba seguro que no me gustarian sino haciéndolos solo y siguiendo mi capricho. Finalmente, una mañana, dando la primera prueba de mi inconstancia, sin avisar á mi tío Ravenel, sin escribir á mis padres, sin pedir á nadie permiso, y sin aguardar mi despacho de aspirante, partí para Combourg, donde llegué como llovido del cielo.